

ALBERTO RIPA • GIORGIO RIPA

Melodía
fatal

bovéda

Título original: *Melodia fatale*
by Alberto Ripa y Giorgio Ripa

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personajes, lugares y acontecimientos que aparecen están sacados de la imaginación de los autores o usados de ese modo. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, acontecimientos o lugares existentes es puramente fruto de la casualidad.

Primera edición: 2016

© 2013 Leone Editore, Milano
www.leoneeditore.it
All rights reserved
© de la traducción: CTL, 2016
© de esta edición: Bóveda, 2016
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-10-4
Depósito legal: SE. 1023-2016
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
CAPÍTULO 1	13
CAPÍTULO 2	19
CAPÍTULO 3	29
CAPÍTULO 4	42
CAPÍTULO 5	49
CAPÍTULO 6	60
CAPÍTULO 7	72
CAPÍTULO 8	85
CAPÍTULO 9	96
CAPÍTULO 10	112
CAPÍTULO 11	128
CAPÍTULO 12	140
CAPÍTULO 13	153
CAPÍTULO 14	167
CAPÍTULO 15	178
CAPÍTULO 16	191
CAPÍTULO 17	204
CAPÍTULO 18	220
CAPÍTULO 19	234

CAPÍTULO 20	245
CAPÍTULO 21	256
CAPÍTULO 22	270
CAPÍTULO 23	282
CAPÍTULO 24	293
CAPÍTULO 25	306
CAPÍTULO 26	320
CAPÍTULO 27	334
CAPÍTULO 28	348
CAPÍTULO 29	362
CAPÍTULO 30	377
CAPÍTULO 31	388
CAPÍTULO 32	400
CAPÍTULO 33	413
CAPÍTULO 34	429
CAPÍTULO 35	441
CAPÍTULO 36	453
CAPÍTULO 37	466
CAPÍTULO 38	481
CAPÍTULO 39	495
CAPÍTULO 40	499
CAPÍTULO 41	514
CAPÍTULO 42	522
CAPÍTULO 43	533
CAPÍTULO 44	547
AGRADECIMIENTOS	553

*A papá. Al maestro de vida.
Tú sabes por qué.
A tu esposa.
A la alumna.
A una persona sensible,
que regaló una pluma...*

PRÓLOGO

LA PRIMERA PALABRA.
Un tenue resplandor en el cielo.
La segunda palabra. Cerca, o tal vez lejos.
Una nueva victoria contra la oscuridad.

Cuando traducía un texto del latín o el griego antiguo siempre tenía la sensación de estar navegando por un mar desconocido y tempestuoso, en la más completa oscuridad, bajo una bóveda celeste sin estrellas ni claridad lunar. Para no perder el rumbo entre la impetuosidad de las olas se aferraba a su única brújula: un viejo diccionario desgastado, de páginas arrugadas y en parte arrancadas que demostraban hasta qué punto le había sido pródiga su ayuda.

La técnica que había ido elaborando y afinando con el tiempo preveía una rápida lectura del texto de principio a fin para encontrar, en algunas palabras muy conocidas y de significado inequívoco, puntos de referencia esenciales para poder gobernar el timón correctamente. Y con estas palabras, aparecían las primeras estrellas.

Una segunda lectura, más atenta, implicaba un examen metódico del texto, en compañía de su fiel diccionario. Cada

término había de ser sopesado y explorado en sus diversos y más recónditos significados, entre los que elegía el más indicado, el que se hallaba en completa armonía con el contexto que se estaba delineando. Nuevos astros iban venciendo progresivamente la oscuridad hasta formar constelaciones enteras.

Con una atenta lectura de la traducción se aseguraba de no haber tergiversado o malinterpretado el mensaje del autor, oculto tras innumerables reglas e inevitables excepciones sintácticas. Esta última comprobación servía para confirmar que, entre los múltiples rumbos posibles, hubiera tomado el único correcto, el que le permitía arribar a la versión fiel del texto en lengua moderna.

Habían sido amigos inseparables. Una simbiosis perfecta.

En el diccionario había encontrado un tesoro de incalculable valor, una colección única de expresiones idiomáticas y citas de célebres oradores, poetas e historiadores que recobraban vida a distancia de siglos, adquiriendo el don de la inmortalidad.

Tomó una decisión.

Había llegado la hora de recurrir de nuevo a él, si bien su objetivo no sería dar voz al pensamiento de los muertos. Esta vez invertiría los papeles.

Otras personas tendrían que surcar su océano tenebroso y dejarse guiar por las estrellas, las que solo se iluminarían a condición de que sus palabras, escritas en una lengua muerta, se interpretaran del modo correcto. Frases herméticas y enigmáticas de un vivo que anunciaban, como única certeza, que alguien, en un lugar en concreto, saldría al encuentro de la muerte.

Domingo, 2 de junio de 2002

SOLO ERA UN NIÑO. Juguetón, alegre, sonriente, ansioso por aprender, pero aún ingenuo y ajeno a las sorpresas de la vida. Rápido en emocionarse cuando, con la nariz pegada al cristal de la ventana, aquella tarde de diciembre vio caer por primera vez copos de nieve del cielo gris de Milán. Impaciente por que llegara la Navidad, sentía curiosidad por descubrir, día tras día, qué se escondía detrás de las ventanillas numeradas del calendario de Adviento: un trineo tirado por un reno, una vela de colores, un muñeco de nieve. Fantasioso al imaginar qué regalos, camuflados en grandes paquetes de papel brillante y reluciente, dejaría Papá Noel, de noche, a los pies del gran abeto artificial que su madre había decorado con bolas multicolores, luces intermitentes y angelitos de alas doradas.

En aquella época ya cerraba los ojos y soñaba: el trencito que había visto en el escaparate de la tienda de juguetes

de la esquina, la pista con las maquinitas, el automóvil rojo con pedales.

Era un niño.

Convencido de que la vida reservaba solo alegría y felicidad, de que la única fuente de dolor era cuando su madre le pegaba en el culete después de alguna travesura. No recordaba que su padre hubiera levantado nunca un dedo contra él. La mirada severa y silenciosa del padre siempre había sido más eficaz que cualquier posible rapapolvo, palabra de reproche o gesto violento.

De su padre había heredado la sonrisa.

Una sonrisa radiante, única, que reconfortaba a todo el que la recibiera, haciéndole comprender lo buena que era, en el fondo de su alma, la persona que le estaba sonriendo.

La hora de la vuelta a casa, por la noche, era una especie de examen para ambos. Para su padre, que tenía que saber deshacerse de la tensión que su profesión de guarda jurado, inevitablemente, le procuraba. Y para el niño.

El breve conciliábulo de sus padres en el comedor, como si aquella habitación fuera la sala de un tribunal, comportaría la sentencia cotidiana, que no se pronunciaba en voz alta, sino que se dibujaba, inapelable, en el rostro de su padre.

Ciertos días el niño sabía que había sido desobediente, aunque todavía no era capaz de juzgar cuánto y si eso se traduciría en una sonrisa tirante o en la temida mirada de desaprobación. Esos días, por suerte, no eran muchos.

Faltaba una semana para la Navidad. El niño se había portado muy bien, como un verdadero hombrecito. Aquella noche esperaba que su padre volviera a casa, saludara a su madre con un beso, escuchara el resumen del día y, aun antes de quitarse el uniforme, le sonriera hasta con los ojos.

Solo era un niño.

Ingenuo y soñador.

El teléfono sonó. Su madre contestó, escuchó en silencio y se tambaleó antes de llamar a su hijo y abrazarlo, apretándolo fuerte contra su pecho, sin palabras.

Dejó de ser un niño. Descubrió la vida.

Su padre había muerto. Lo había matado un maleante durante un intento de robo. Lo supo meses después, cuando su madre consiguió reunir el valor para confesárselo: papá no estaba de viaje.

El niño, aquel día, salió corriendo hacia la ventana de su cuarto. Como en el resto de la casa, los cristales de su ventana también estaban sujetos al marco de madera con estuco rojo, un material muy maleable. Desde el día de aquella extraña llamada y el consiguiente abrazo de su madre, el niño había cogido la costumbre de hacer, cada noche, una pequeña incisión con su minúscula uña: una raya por cada día del largo viaje de su padre, una raya más larga por cada semana. Ya estaba en primero, un año antes que sus coetáneos, y había aprendido a contar hasta cien. Las rayas pequeñas eran muchas más. Pero ya no tenía sentido seguir ampliando la colección.

Su padre había muerto. Pero para el niño, su sonrisa, o su mirada severa, seguirían presentes cada noche.

En cuanto abrió el sobre, Tobia Allievi notó la araña en su interior. Una criatura en letargo, que se despertaba para atormentar al adulto que un día fue aquel niño, creando una tupida telaraña que le oprimía el corazón. El despertar del monstruo coincidía con una sensación de náuseas, una premonición de muerte, y hacía aflorar tristes recuerdos de la infancia que el inspector jefe de la Europol de Londres no lograba olvidar.

Tobia volvió a leer por segunda vez la carta.

Lo intuyó todo, pero albergó la esperanza de estar equivocado. Se arrepintió de no haber abierto inmediatamente aquel sobre sin remitente que le habían entregado al llegar a la recepción del hotel Warwick de Ginebra. Encontró una lábil justificación en la preocupación que le provocaba la ponencia que había de presentar al día siguiente. Una inmotivada ansiedad por tener que hablar ante el numeroso público del HTITC, el Congreso de Técnicas de Investigación de Alta Tecnología. Una absurda fobia por la que apenas había prestado atención a las palabras de la rubia y atractiva señorita que, con un inglés perfecto, también le había mencionado un problema de conexión del correo electrónico e Internet. Sus palabras habían resbalado en su mente como en una superficie llena de aceite, sin rozarlo.

A fin de rehuir sus miedos prefirió salir a darse un paseo por el centro, para sumergirse en la paleta de colores y respirar los aromas de una ciudad que no conocía.

Con la carta en la mano volvieron a pasar ante sus ojos las imágenes del puente sobre el Ródano, la catedral de San Pedro rodeada por los edificios de la Vieille Ville y el famoso Jet d'Eau, de más de cien metros de altura, situado en el centro de la bahía de la Rade. Volvió a oír el molesto chirrido de un tranvía azul, que lucía a ambos lados la publicidad de la regata Bol d'Or y de una edición extraordinaria del Salón del Automóvil de Ginebra. Volvió a ver la animada discusión en torno a tres grandes tableros de ajedrez en los jardines de la Place Neuve. Se acordó de que en aquel momento pensó en Vladimir Ripchenko, un genio de la informática, entusiasta del ajedrez como la mayor parte de los rusos, que junto con Ronggang Xu, un químico chino, y Charanjit Anand, un patólogo forense de Bombay, constituía el London Team, también conocido como el LT: su equipo de investigación.



Leyó una vez más la carta, dirigida a él, con el mensaje en latín. Las largas patas de la araña no le dieron tregua.

La pesadilla se había repetido la noche anterior. La oscuridad total. El miedo. La angustia asfixiante. La espera de la muerte. Después, al improviso, el resplandor de una luz cegadora, las despiadadas lenguas de fuego, el grito desgarrador. La vuelta a la realidad y a la vida, los latidos del corazón que recuperaban un ritmo normal, las extremidades empapadas en sudor, la sensación de frío. Pero esta vez el despertar fue distinto. Había llegado el gran momento.

Había puesto en marcha su plan con una precisión insana, en compañía de su fiel diccionario. Ya había mandado el primer mensaje. Después de encender la impresora láser, esperó a que saliera el folio de formato A4 con la segunda frase. La operación con las tijeras fue muy sencilla. Los instrumentos de muerte estaban listos. Solo hubo un imprevisto. En aquel momento temió que aquello pudiera desbaratar sus planes. Sin embargo, tras una breve reflexión llegó a la conclusión de que el repentino cambio tan solo aumentaría la excitación.

Se aseguró de haber cogido todo lo necesario. Había sido fácil procurarse los instrumentos de muerte, elegidos cuidadosamente para dar inicio a su plan. Echó una ojeada, cargada de desprecio y rencor, al prisionero, que seguía durmiendo bajo los efectos de un potente somnífero, acurrucado en posición casi fetal. Se excitó al pensar que la sonrisa esbozada en los labios de su presa ignara no tardaría en convertirse en una mueca de consternación y dolor.

El despertar de Kurt Warter fue repentino y angustioso. Las oníricas sensaciones de placer se convirtieron en punzadas lancinantes en los tobillos y las muñecas, inmovilizados por

una áspera cuerda que se le hincaba en la carne. Aun impedido en los movimientos, vio que su cuerpo avanzaba hacia atrás, arrastrado por dos brazos robustos que lo agarraban por debajo de las axilas. Intentó gritar, pero no pudo. Su voz no logró perforar la espesa barrera de cinta adhesiva que tenía pegada a la boca. Se esforzó por recordar los últimos instantes de libertad. Era por la mañana. El sol resplandecía en el cielo azul. Ahora, en cambio, estaba rodeado por la más intensa oscuridad.

Un par de ojos miraron fijamente al condenado a muerte. En él leyeron una expresión desesperada de terror y curiosidad.

«¿Por qué yo?», parecía preguntarse Kurt, su primera víctima.

La figura de la oscuridad le susurró al oído una breve frase, la explicación de todo.

Por último, actuó.